

COLEGIO "SAN JUAN BOSCO"	Servicio de Orientación
DOCUMENTOS PARA LA REFLEXIÓN EN FAMILIA	
PISTAS PARA ACERTAR	
<i>(Pista nº 70, Marzo 2024)</i>	
Que el dedo no tape la luna	

Seguro que todos recordamos ese proverbio que habla de que solamente los insensatos cuando apuntan a la luna ven el dedo y no reparan en el satélite, normalmente por estar imbuidos de ese egocentrismo que caracteriza a quienes son incapaces de ver, pensar o sentir en términos que no sean el “yo, mi, me conmigo y para mí.”

Ante las múltiples realidades que nos asolan a todos, dos son las respuestas habituales que podemos ofrecer en nuestro ejemplo y exigencia para con nuestros hijos: sumergirnos en la corriente predominante y dejarnos arrastrar por ella hacia no se sabe qué destinos -aunque podemos imaginarlos- o bien, mostrando y señalando la existencia de esa corriente, hacerles ver que tal inmersión solamente puede conducir, antes o después, a un final de ahogamiento. Asfixia existencial al estar viviendo una vida carente de autenticidad, vacía en muchos casos y sometida, siempre, a los cambiantes “ideales” que la propia corriente vaya imponiendo.

Desde que nuestras vidas parecen más condicionadas que nunca antes por la intrusión de elementos tan sutiles como efectivos a la hora de influir en nuestro pensamiento y conductas, como pueden ser las modernas tecnologías de la información y la comunicación, no cabe duda de que nos hemos vuelto mucho más vulnerables. Lo que se ha vendido como una oportunidad para el desarrollo de la personalidad y de la capacidad de intercomunicación, no hace falta ser demasiado sagaz para vislumbrar que se está configurando como un excelente, por astuto y eficaz, mecanismo de control.

No solamente eso sino que la servidumbre contraída con las mismas nos ha llevado, en algunos casos, a limitar el desarrollo de nuestras propias decisiones (más domésticas o más trascendentales) por el mero hecho de que el canal para darles curso a esas supuestas ocasiones para “ampliar” el horizonte de nuestra realidad era, se quisiera o no, el dichoso soporte o plataforma.

Puede que las estadísticas no sean completamente representativas en estos casos pero ya es casualidad que la mayoría de la gente con la que uno contacta coincida en la percepción general de la situación y en algunos de los problemas más urgentes por resolver. Y son variados los perfiles de esas personas con las que todos conectamos.

En el otro lado, afortunadamente no son pocas las voces que se han elevado ya frente a esta auténtica dictadura de las tecnologías para las que no todos, no en todo tiempo y no en toda circunstancia se está preparado o disponible.

Con rigor, cuando se proclama una sociedad inclusiva en tantas áreas, se está desconociendo que, por simple mecanismo de inercia, se esté dejando desprovistos de derechos y elementos fundamentales de la identidad y personalidad de los individuos el obligarles a pasar por el aro de lo contemporáneo y todos estamos al cabo de lo que representa la tiranía de las citas previas solicitadas con la intermediación de un robot o la necesidad de disponer de firma digital para cualquier trámite convencional.

Será importante y muy esclarecedor para nuestros hijos (que han nacido digitales y, como alguien ha caricaturizado muy bien, van camino de convertirse en el cuarto mono <el que ni ve, ni escucha ni habla –como los tres clásicos- y, además, no levanta la vista de la minipantalla>) que no caigamos en la fácil tentación de sucumbir a la corriente generalizada que supone que las cosas son así y así hay que aceptarlas. Evidentemente que no se trata de coger una antorcha revolucionaria y escalar al frontón de ningún palacio pero sí cabe poder seguir ejerciendo, desde la privacidad, la sensatez y la justicia, las posibilidades que nos brinde el sistema.

Porque si no, ya no será el dedo lo que tape la luna sino nuestros prejuicios y arbitrariedades generados por un ambiente intoxicado y sedante los que nos cieguen para todo. Será no un dedo, sino una mano completa, la de un ente inidentificable pero cierto, la que ocultará ese disco nocturno que representa las legítimas aspiraciones de todos y cada uno, los sueños, la sana ambición y el “despegarse” de todo eso ingrato que llena nuestros telediarios.

En este contexto, más que en otros precedentes, el oficio de padres no resulta ni cómodo ni tranquilo. Durante los largos años en los que otro ser (al principio más indefenso y, con los años, más defensivo) pasa a convertirse en la primera, segunda y vigesimoquinta de tus prioridades, todas a la vez, no es difícil imaginar que, en algún momento, la impotencia o el agotamiento, las dudas y la multiplicidad de opiniones y planteamientos den con tus huesos en la cama o en la consulta del especialista.

Tres meses escasos por delante para concluir este nuevo curso con todo lo que ha conllevado. En nosotros, tres meses escasos para alcanzar a sentir que las benditas rutinas y las más benditas, aún, sorpresas agradables, nos han

permitido hacernos conscientes de que podemos, de que sabemos, de que (por haberlo querido) hemos sido capaces de sobreponernos a esa indolencia y a ese procrastinar que iba acumulando renglones en la lista de cosas por hacer.

En ellos, nuestros hijos, de no rendirse ante la primera contrariedad y de repetir y mantener aquello que tuvo éxito porque es muy dulce el sabor de superarse.

Así será. Y acabarán muy bien estos diez meses de peregrinación por el aprendizaje y la convivencia, para ellos, y del cuidado y la guía, para nosotros, si somos capaces de tener la capacidad de reconocernos y felicitarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos porque sí hubo mejora, sí hubo progreso y que, por ello, tenemos más recursos para enfrentarnos al desafío que está aguardando después de la próxima semana, después del próximo verano.

Las consideraciones que se puedan hacer al respecto caben todas en la misma saca. Lo importante es que la luna prevalezca sobre el dedo que la señala so pena de no entender qué es lo verdaderamente importante.

Se pasarán los hielos y las lluvias. Volverán los días de luz y calor. También para quejarnos, seguramente. Pero volverán. Y con ellos dejaremos atrás este tiempo de dudas y de conmociones.

Será primavera, en el mejor sentido, y todos deberíamos buscar algunas buenas razones para sonreír. Sin ir a buscar demasiado lejos porque las tenemos en nuestras casas y en nuestros pensamientos.

¡Buen provecho!

<o><O><o>